

Kempe, M. (2024). *El mejor de los mundos posibles. Los 7 días que cambiaron la vida de Leibniz*. J. Chamorro Mielke (trad.). Taurus. 300 pp.

Para quienes llevamos algunos años tratando de comprender el inmenso océano del pensamiento leibniziano, es muy habitual que un mismo texto de Leibniz nos remita a una amplia diversidad de temas, problemas y disciplinas científicas. No en vano se le considera uno de los últimos genios universales, un polímata en el más pleno sentido del término, cuya mente no se limitaba a brillar por su erudición, sino que también brilló por su gran capacidad para relacionar problemáticas sumamente complejas y aparentemente dispares. Así, no es raro encontrarse con cartas o textos donde el hannoveriano vincula temas de metafísica con problemáticas teológicas, políticas y matemáticas, o con textos cuyas tesis principales solo son inteligibles a la luz de otra serie de problemáticas que no necesariamente se encuentran explícitas, o que corresponden a otras disciplinas. Todo esto es indicativo de que, si uno busca realmente adentrarse en el pensamiento de Leibniz, es necesario hacer un esfuerzo por comprender su modo de pensar, una tarea que no es de ninguna manera sencilla.

A pesar de las dificultades que esto representa, la presente obra tiene el gran mérito y virtud de presentarnos a Leibniz desde una perspectiva única que nos permite no solo adentrarnos en algunas de sus grandes tesis, sino también “conocer a Leibniz en su vida cotidiana, observarlo en el despliegue diario de su pensamiento y su obra” (Kempe, 2024, p. 14). Nos encontramos, pues, ante un libro que mezcla un amplio conocimiento de la vida y obra de Leibniz con una pluma elegante y sencilla que nos ayuda a sumergirnos en su contexto histórico y en esa cotidianeidad. No se trata, pues, de un libro que nos presente a Leibniz de forma sistemática o incluso temática, donde se reconstruyan cada uno de los argumentos y las discusiones académicas que giran alrededor del hannoveriano. Se trata, más bien, de una obra que muestra la genialidad de Leibniz a partir de una narrativa que nos va introduciendo poco a poco en su mundo, en las preocupaciones de su día a día. El libro, en este sentido, nos presenta a Leibniz a partir de la narración de siete días que marcaron no solo la vida del genio universal, sino también de la historia del pensamiento filosófico y científico.

El primer día que Kempe rememora es el 29 de octubre de 1675, un “nublado martes de finales de octubre en París”, día en el que

Leibniz resuelve usa por primera vez “un signo que cambiará de modo fundamental las matemáticas” (p. 22). Con esto se refiere a la “f”, *i. e.*, el signo de integral, “con cuya ayuda se pueden calcular elegantemente las curvas y las áreas bajo una curva, y representarlas con precisión empleando el mismo tipo de cálculo” (p. 22). Un signo que sin duda constituye una contribución decisiva al desarrollo del cálculo infinitesimal, entre otras cosas. Para comprender por qué Leibniz crea este signo, Kempe nos cuenta en qué medida, a pesar de tener razones suficientes para estar preocupado sobre su futuro y carrera profesional, se encuentra espiritualmente absorto en una serie de investigaciones matemáticas a fin de inventar “un lenguaje simbólico sencillo que en adelante le permitirá resumir y hacer compacta la suma de lo infinitamente pequeño y representarla con claridad [...], un método de cálculo general con el que es posible resolver con facilidad incluso las tareas más difíciles” (p. 42). Signos como este son fundamentales para poder modelar matemáticamente el mundo, pero también para, a través del arte combinatorio, “resolver disputas y crear consenso y unidad” (p. 46), incluso a pesar de nuestras propias limitaciones (cfr. Kempe, 2024, p. 48).

La segunda fecha que Kempe menciona es el 11 de febrero de 1686, día en el que Leibniz, a pesar de estar sumamente agobiado por los intentos fallidos de realizar una máquina que permita eficientizar la extracción de plata en las minas de Harz, concluye uno de sus textos filosóficos más relevantes, su *Discours de métaphysique*, y se dispone a iniciar su correspondencia con Arnauld. Si leemos entre líneas la carta que escribe el 11 de febrero de 1686, según Kempe, descubriremos que, “tras la áspera y ampulosa filosofía del Barroco, se despliega una reflexión, aún hoy estimulante, sobre un mundo cuya complejidad no deja de crecer” (p. 53). Para este momento, Leibniz lleva más de cinco años visitando las montañas del Harz, tratando de idear un plan que le permita promover la minería de plata: sus proyectos, sin embargo, no han mostrado muchos progresos, a lo que se han sumado otra serie de complicaciones y un sinfín de tareas y obligaciones. No solo tiene entre manos el proyecto de escribir la historia de la casa de Welf, sino también otros proyectos, como el de analizar una serie de notas y dibujos de historia natural, provenientes de sus anteriores visitas al Harz, o su proyecto en favor de la reunificación de las iglesias (p. 59). A pesar de que se trata de asuntos que, de primera instancia, se antojan un tanto lejanos entre sí, la genialidad de la metafísica leibniziana reside en su

capacidad para atender al “fenómeno de interconexión” que subyace al mundo, donde “todas las partes y procesos están vinculados de tal manera que se entrelazan y complementan de forma óptima” (pp. 67-68): el mundo es un todo composable, gobernado por una economía divina a la que debemos contribuir.

Otro ejemplo de cómo Leibniz es capaz de sobreponerse a la adversidad se aprecia en el tercer capítulo de este libro, donde Kempe nos narra cómo nuestro protagonista, a pesar de estar atravesando una crisis, tiene la suficiente lucidez para llegar a uno de los conceptos fundamentales de su metafísica, a saber, su noción de “mónada”. Consternado por la edad que tiene y preocupado por las tareas y responsabilidades que se van sumando, como su reciente nombramiento como consejero privado de Justicia, el 13 de agosto de 1696 Leibniz también se encuentra imbuido, a petición de la princesa Sophie, en una discusión con Helmont. Esta discusión gira alrededor de la doctrina helmontiana sobre la transmigración de las almas, por lo que no es raro que también verse sobre el tema de la vida y la muerte. Para Leibniz, “el nacimiento y la muerte no son, pues, puntos de partida y de llegada, sino meros momentos de transición en los que el ser vivo se despliega y se agranda o se contrae de nuevo y se empequeñece” (p. 91). Esto supone, a diferencia del mecanicismo cartesiano, que no solo los seres humanos tienen alma, sino que hay vida presente en todas partes, átomos de sustancia caracterizados por su percepción y apetición, en virtud de las cuales se da una estructura jerárquica de sustancias simples, las cuales se distinguen entre sí en virtud de su grado de perfección. En este contexto se gesta el concepto de “mónada”, una expresión que “designa mejor la unidad de la multiplicidad” (p. 102) que se da en cada uno de estos átomos de sustancia.

Pasada esta crisis, Kempe nos lleva hasta el 17 de abril de 1703, “un día que la historia registrará, pero no ruidosamente, sino de forma discreta”, pues es justo el día en el que Leibniz “cree haber encontrado pistas importantes sobre cómo el contenido de cualquier información puede traducirse a símbolos matemáticos” (p. 114). Este día, en efecto, Leibniz cree haber encontrado el modo de aplicar su cálculo binario para “desarrollar un método universal de adquisición y elaboración del saber basado en la combinatoria y el lenguaje universal de signos” (p. 114), algo fundamental para el desarrollo posterior de la computación, de la inteligencia artificial y de la cultura digital en general. Se trata de un día en el que Leibniz en particular se encuentra absorto en las múltiples

cartas que debe escribir para mantener sus conexiones epistolares. Entre los diversos asuntos que ocupan este día, su atención se encuentra nuevamente en la cultura China, especialmente en aplicaciones que algunos de sus corresponsales encuentran para su cálculo binario, el cual “no solo tiene la ventaja de la claridad lógica [...], sino también la ventaja de una realización técnica más fácil” (p. 126). Esto se debe, en parte, a que el cálculo binario permite reconocer con mayor facilidad “patrones periódicos recurrentes de ceros y unos en las secuencias numéricas diádicas que en el sistema decimal, y con ellos se pueden analizar mejor”, según Kempe, “las progresiones aritméticas de tales secuencias numéricas” (p. 128). Estos cálculos, por lo demás, nos pueden ayudar a comprender otro tipo de cuestiones, tal y como ocurre con la *creatio ex nihilo* y su relación con los sesenta y cuatro hexagramas del *I Ching*, como sugiere Bouvet, facilitando así la misión evangélica de los jesuitas en China.

La genialidad de Leibniz resulta incomprensible si no aludimos también a su labor como bibliotecario e historiador, trabajos que “suelen desestimarse como una mera obligación que tenía para con los príncipes [...], un trabajo desagradable que lo apartaba de su verdadera vocación” (p. 142). Cuando se profundiza en su pensamiento y, concretamente, en lo que ocurre el 19 de enero de 1710, sin embargo, descubrimos un Leibniz apasionado por las investigaciones históricas y por los libros. Así, por ejemplo, frente a la encomienda de escribir la historia de la casa de Welf, Leibniz se propone algo más ambicioso, a saber, escribir una “amplia historia del imperio en el contexto europeo”, con la que buscaría hacer una “equilibrada exposición científica en lugar de un panegírico glorificador de gobernantes” (p. 149). Para comprender la relevancia de este trabajo como historiador, sin embargo, es importante considerar que este trabajo se encuentra contextualizado alrededor de dos de las obras más relevantes de Leibniz: por un lado, los *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, cuyo prefacio redactará en torno a esta fecha; por otro lado, los *Ensayos de teodicea*, los cuales verán la luz a finales de este mismo año. Un contexto que, según Kempe, cobrará especial relevancia al momento de afinar su concepto del tiempo, el cual no solo hace referencia a “los fenómenos naturales y su determinación astronómica”, sino también al “contexto de las reflexiones históricas” (p. 165).

Todo esto nos lleva al penúltimo capítulo del libro, donde Kempe nos narra uno de los días más significativos para Leibniz. Se trata del 26 de agosto de 1714, día en el que, a pesar de la complejidad de su situación y

de las complicaciones que se han dado a lo largo de su estancia en Viena, nos regala uno de sus textos más representativos: la *Monadologie*. Este día, Leibniz se encuentra consternado no solo por el “torrente de proyectos” en los que está involucrado, como la creación de una Academia de las Ciencias vienesa, sino también por los cambios suscitados tras el fallecimiento de la reina Ana y la consecuente proclamación del príncipe elector Georg Ludwig, de la casa de Hannover, como rey de Inglaterra. Ante esto último, la situación de Leibniz cambia “bruscamente”: aquella intención de permanecer en Viena se ve repentinamente modificada por el interés de formar parte del séquito que acompañaría a Londres a Jorge I con la esperanza de “desempeñar allí el cargo de historiador de la corte” (p. 179). Es en este contexto en el que Leibniz, con las valijas listas para regresar a Hannover, decide tomar su pluma para escribirle a Nicolás Rémond, un aristócrata parisino interesado en comprender la filosofía de Leibniz, particularmente su concepto de “mónada”.

Finalmente, en el último capítulo del libro, Kempe nos habla del último año de vida de Leibniz, un año en el que se creía que la actividad de nuestro filósofo había decaído drásticamente, pero actualmente sabemos que eso no fue exactamente lo que sucedió. Para evidenciar esto, según Kempe (p. 199), basta con observar el basto volumen de cartas que mandó durante este año y, en particular, el 2 de julio de 1716. Como ya es habitual para Leibniz, estas cartas tendrán múltiples destinos internacionales, entre los que se encuentran Viena, Düsseldorf, Suiza e Italia. De todas las personas a las que Leibniz escribe ese día, Kempe destaca su correspondencia con Bourget, ya que no solo le presenta un resumen de su polémica con Clarke, sino que también, al hablar sobre el carácter no absoluto del espacio y el tiempo, reflexiona sobre la edad del mundo. A lo largo de su correspondencia con Bourget, Leibniz ha llegado a la conclusión de que “los desplazamientos entre la tierra y el mar, los pliegues montañosos y las inclusiones rocosas no se produjeron de forma repentina y abrupta, sino en desarrollos lentos y uniformes que requirieron un tiempo muy largo más allá del breve tiempo histórico” (p. 209). Esto supone una comprensión dinámica del mundo, a partir de la cual es posible considerar a Leibniz también como “precursor de la idea de una evolución de las especies”, cuyos constantes cambios, según Kempe, no están controlados “por el azar ciego, sino por un *télos* divino” (p. 212). A esto se añade, por lo demás, su noción de “infinitud”, en la cual se entrecruzan diversos temas, como “la historia de la Tierra y la historia natural” y “el debate sobre el espacio y el tiempo” (p. 214).

A través de estos siete días, Kempe nos muestra no el potencial intelectual, científico y filosófico de uno de los más grandes genios de la humanidad; también nos ofrece una erudita y brillante introducción al contexto histórico y cultural en el que vivió Leibniz. Gracias a esto último podemos identificar con claridad algunas de las problemáticas más significativas de su época, así como también, por supuesto, conocer sus principales preocupaciones e inquietudes intelectuales. Al hacer esto, Kempe nos permite apreciar la conexión entre la ingente cantidad de problemáticas que rondaban la cabeza el hannoveriano, lo que hace del libro una referencia obligada no solo para los que pretenden sumergirse por primera vez en el pensamiento de Leibniz, sino también para los especialistas que llevan algunos años tratando de figurar esas relaciones.

Roberto Casales García
Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla
Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (Puebla)
roberto.casales@upaep.mx